

Comentario

José Woldenberg

3

9

No resulta fácil comentar trabajos con los que uno está básicamente de acuerdo. Comparto las ideas fundamentales expuestas por Silvia,* Jacqueline y Leonardo, y por ello, quizá mis comentarios resulten solamente marginales.

Flotan en el ambiente político y en las propias ponencias, preguntas que denotan una buena carga de incertidumbre. ¿Hacia dónde vamos?, ¿realmente está en curso una transición hacia métodos más democráticos del quehacer político?, ¿nos acercamos a un auténtico sistema de

partidos? Como resulta evidente, en materia de futuro, no hay nada escrito. No existen certezas absolutas en esta materia. No obstante, se pueden apreciar una serie de “indicadores” que, conjugados, quizá nos ayuden a observar con mayor precisión los acicates y los obstáculos que se encuentra un eventual tránsito hacia un sistema de partidos, competitivo, institucional, cabalmente reconocido.

Enumeraré una serie de “hechos sociales” que tienden a frenar o a acelerar el proceso de cambio hacia un sistema de partidos. Se trata de una lista donde no estén todos los fenómenos que inciden en tan complicado proceso, pero quizá sirva para pensar de mejor forma

* La ponencia de Silvia Gómez Tagle no fue entregada, razón por la cual no se reproduce en este volumen.

las dificultades con las que nos topamos.

4
0

1. *Abstencionismo*. Primero una pequeña discrepancia: la comparación presentada por Silvia Gómez Tagle entre las cifras de abstencionismo de 1988 y la que arrojan elecciones anteriores me parece improcedente por un motivo: los más diversos analistas coinciden en que, en el pasado reciente, las tasas de abstencionismo eran “maquilladas”, de tal suerte que hoy, paradójicamente, cuando se eleva la participación electoral, crece también en términos comparativos el abstencionismo. Ello resulta así al comparar las cifras oficiales, pero ellas parecen no reflejar cabalmente la realidad.

No obstante, como lo señala Silvia, los índices de abstencionismo que existen en el país siguen siendo sumamente elevados. En las elecciones federales de 1988 —una de las más participativas a decir de casi todos los observadores—, la mitad del padrón no votó. Y en las contiendas electorales estatales posteriores se detectan tasas de abstención muy superiores que llegan a fluctuar entre 60 y 85%. Hoy se puede decir que los abstencionistas no pertenecen a ninguna fuerza partidista. No existe corriente política significativa en el país que llame o haga suya la táctica de la no participación electoral. Y sin embargo, las franjas de empadronados que no asisten a las urnas resulta espectacular. Se trata de un notorio desfase entre el circuito electoral partidista y un verdadero mundo de ciudadanos. Estos últimos no acaban de reconocerse en el sistema de partidos y se retraen —por múltiples consideraciones— de las contiendas electorales. Ello sin duda incide negativamente sobre las posibilidades de un sistema de partidos.

2. *Fin de los partidos testimoniales*. En las elecciones de 1988, los partidos situa-

co (PDM y PRT) perdieron su registro al no contar con la votación mínima necesaria para refrendarlo. Ahora, en diversas elecciones estatales puede observarse que el PPS, el PARM y el PFCRN, obtienen votaciones muy bajas, en ocasiones solamente simbólicas. Al parecer, el fortalecimiento de tres grandes referentes electorales (PAN, PRI, PRD) está cerrando el paso y las posibilidades de oxígeno a pequeños agrupamientos que en el pasado jugaron un papel básicamente testimonial. Recordemos que la primera ola, fruto de la reforma política, fue hacia la multiplicación de las opciones partidistas que aparecían en el flanco izquierdo del cuadrante (PPS, PCM, PST, PSUM, PMT, PRT, PSD, PMS, PFCRN). En esos años la izquierda vivió importantes procesos unitarios, pero éstos nunca lograron abatir su enorme dispersión. Ahora, con la emergencia del PRD, parece que la tendencia hacia la atomización tiene mucho mayores posibilidades de ser revertida. Si ello es así, no solamente los partidos marginales tenderán a desaparecer o a ubicarse cada vez en forma más marcada en los márgenes, sino que el sistema de partidos puede hacerse más nítido y competitivo al encontrar verdaderas opciones partidistas.

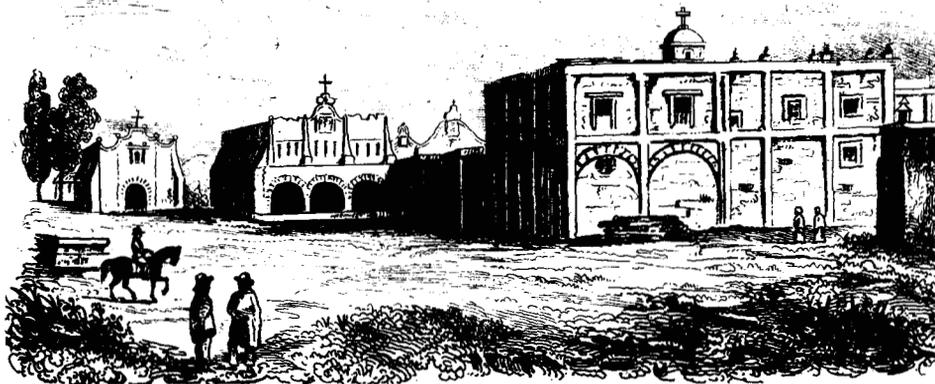
3. *Volatilidad del voto*. No pocas elecciones demuestran que los grados de identidad y afinidad entre los votantes y los partidos suelen ser muy volátiles. Al parecer, los votantes suelen identificarse de mejor manera con candidatos determinados que con la plataforma de distintos partidos. El caso de Baja California resultó aleccionador. En julio de 1988, Cuauhtémoc Cárdenas ganó en esa entidad. Pero unos meses después la gente votaba por un gobernador postulado por el PAN, mientras el PRD apenas obtenía una votación simbólica. Algo similar sucedió en Michoacán como lo



4
1



—
—

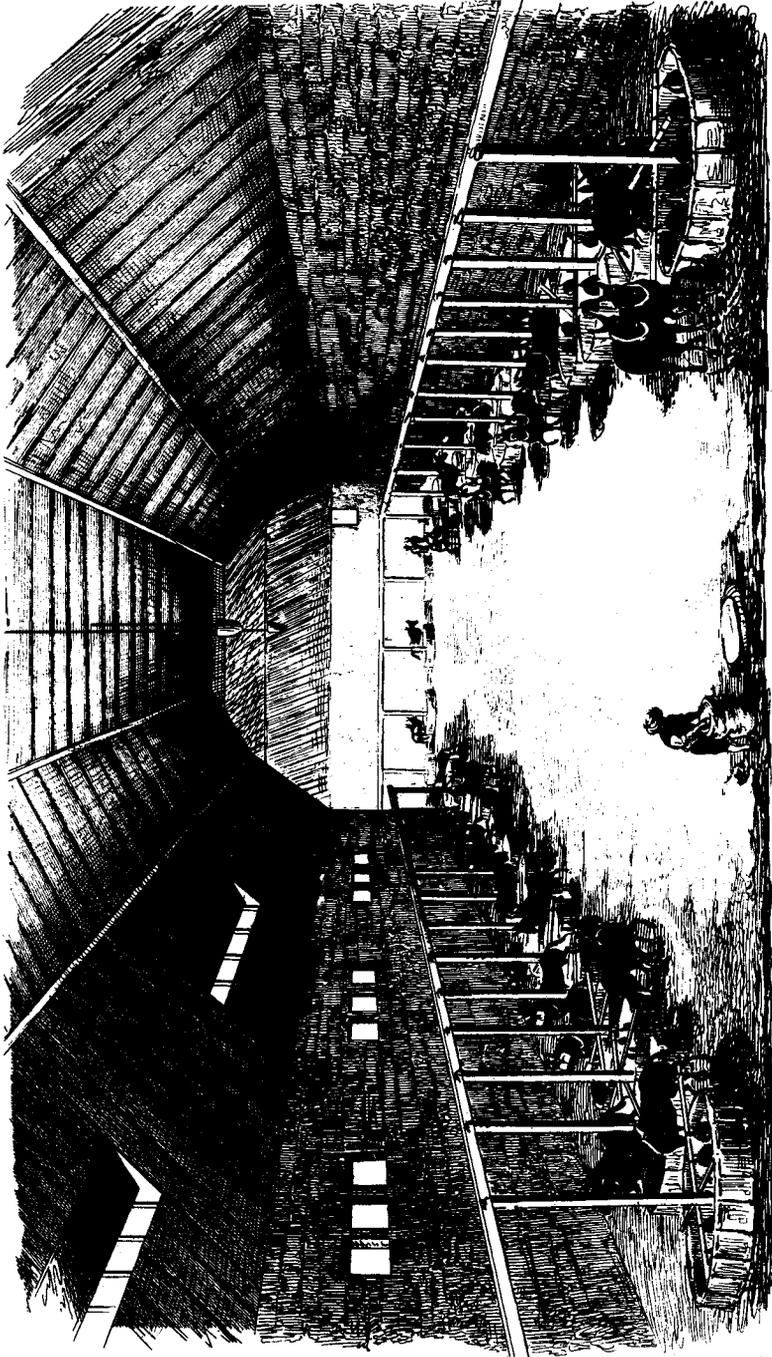


apuntaba Leonardo Valdés. En 1988 los votos fueron a parar al PARM, PFCRN y PPS, partidos que apoyaron a Cárdenas para la presidencia. Pero en 1989, esos partidos volvieron a sus magros resultados y el PRD se llevó esa votación. Se trata, en el primer caso, del llamado “voto útil”, aquel que se emite siguiendo la lógica elemental —explicable por nuestra historia— de “a favor del PRI o contra el PRI”; y en el segundo, de un voto identificado mucho más con una personalidad que con un partido. Esa volatilidad del voto —que seguramente debe explicarse por múltiples “factores”—, da cuenta de fidelidades partidistas muy precarias y debe ser remontada si es que se desea un auténtico sistema de partidos.

4. *Revalorización de las elecciones.* Durante décadas las elecciones fueron un ritual insípido. La falta de competencia

marcaba su rutina y la inmensa mayoría de los ciudadanos las contemplaba como algo lejano y ajeno. Sin embargo, hoy, en muchas entidades del país las elecciones son auténticos momentos de confrontación política. Los electores pueden optar por ofertas diferentes con las cuales se identifican.

El jalón fundamental en el proceso de revalorización de las elecciones lo constituyó la reforma política de 1977 que remodeló el espacio para el quehacer político. Vista en retrospectiva, la reforma no sólo incorporó a nuevos actores políticos a la contienda cívico-electoral, sino que erosionó profundamente buena parte del sentido común y las expectativas de esas corrientes. A partir de esos años el “revolucionarismo” de la izquierda se topó con un terreno minado, y la propia izquierda volvió a pensar el sen-



4
3
■

■
■

4

4

tido y significado de las elecciones, la competencia, el pluralismo, en una palabra, la democracia. Igualmente el integrismo de la ideología de la revolución mexicana sufrió fuertes impactos y, paulatinamente, fue obligado a coexistir con corrientes de pensamiento cuya matriz puede ser o es otra. Hoy, por lo menos en el discurso, no existe fuerza política que no asuma un compromiso con la vía electoral, y esa nueva valoración sin duda apuntala las posibilidades de un sistema de partidos.

5. *Lo regional.* México es un mosaico de regiones. De igual forma, los partidos tienen un muy desigual arraigo a lo largo y ancho del país. Y al mismo tiempo existen importantes agrupaciones políticas regionales que constituyen un mapa organizativo sumamente denso. No obstante, la legislación electoral federal solamente abre sus compuertas a los llamados partidos políticos nacionales. Todas aquellas agrupaciones regionales que deseen participar en comicios federales están obligadas a coligarse (en términos de la legislación, a competir bajo la siglas) con un partido político con registro. La relación de la COCEI (Coordinadora Obrero Campesina Estudiantil del Istmo) con el PCM, el PSUM o el PRD, por un lado, y la del Frente Cívico Potosino con el PAN, por el otro, ilustran el fenómeno.

Esa disposición tiende a apuntalar el sistema de partidos, porque obliga a las organizaciones regionales a sumar sus esfuerzos a los de los partidos políticos nacionales. No obstante, no debe perderse de vista que se trata de una disposición artificial, que tiende a construir "partidos nacionales" con pies de barro, y que impide la expresión de la pluralidad real que existe en el país con sus múltiples sellos regionales.

6. *Personalidades fuertes. Partidos*

débiles. No cabe duda que existe una enorme asimetría entre el poder de atracción de Carlos Salinas de Gortari y Cuauhtémoc Cárdenas, por un lado, y sus respectivos partidos. No se trata de fenómenos idénticos, incluso por el estatus diferente de ambos, pero sirve para ilustrar lo obvio: no existe todavía en nuestro país una identificación permanente —arraigada— entre la inmensa mayoría de la población y los partidos políticos. Por el contrario, la mayoría de los ciudadanos se identifican más con las "personalidades" que con los partidos. Ello explica buena parte del voto volátil, pero además constituye un dique para la consolidación de un sistema de partidos, que puede realmente convertirse en un sistema de "hombres fuertes".

7. *Desgaste del sistema de partidos.* Vivimos la eventualidad de un desgaste del sistema de partidos y del sistema electoral antes de que ambos existan cabalmente. Si las dinámicas de fraudes e impugnaciones siguen a la alta, lo que hoy son los gérmenes de un nuevo escenario político, pueden ser abortados. Si los partidos, las elecciones, la confrontación legal y pacífica, no logran asentarse, las posibilidades de las opciones regresivas o del mero "empantanamiento" podrían empezar a ir a la alta. Al parecer, es necesaria una operación política consciente que no apueste solamente a la confrontación, sino a la edificación de un enjambrado institucional, normativo, cultural, que ayude a forjar el cauce para una transición democrática, la cual no será fruto del azar o de la mera "lucha", sino de un esfuerzo sistemático por abrirle paso.

Es necesario completar la lista de los obstáculos y acicates que impiden o empujan hacia un sistema de partidos. Aquí, solamente hemos querido ilustrar los grados de dificultad de esa apuesta.